



## Una experiencia vacía

*Mauricio Tarrab*

"La operación toxicómana es aquélla que no requiere del cuerpo del Otro como metáfora del goce perdido y es correlativa de un rechazo mortal del inconsciente".

Esta breve definición resume lo que está en juego en lo que la droga, el tóxico, procura a cada quién, pero también sirve para situar lo que cada quién hace del tóxico, y por qué caminos.

Lo que vemos en la experiencia clínica, es lo que se realiza en la intoxicación y que he llamado "la operación toxicómana" procede por un rechazo del Otro. No es de ninguna manera un mensaje dirigido al Otro. Se muestra no articulada sino en ruptura con el campo del Otro.

La operación toxicómana no se reduce a la combinatoria significativa, implica un goce no articulado, no articulado al partenaire, ni al Otro sexo.

Más bien es una operación que separa del Otro sexo. Que no busca el Otro sexo, sino que se procura su goce por un camino que no es sexual sino que está orientado al propio cuerpo.

Por otra parte no tiene que ver con el inconsciente sino con su rechazo, el sujeto no está allí como sujeto del inconsciente sino como un "yo existencial".

En este sentido, en esa dirección de aislamiento el llamado toxicómano es casi el paradigma de un mundo de solitarios consumidores anónimos, que rechaza el lazo con el Otro al rechazar lo que estructuralmente se pierde por ese lazo.

Es por eso que podemos decir que es una elección contra la castración, contra la división del sujeto, y contra el inconsciente.

La operación toxicómana se sitúa frente a la encrucijada sexual, no con una ficción sino con un goce (el de la intoxicación) que está en ruptura con toda ficción. Esta operación revela además la verdad de las ficciones que la encrucijada sexual segrega, es decir el síntoma y el fantasma, al fin sólo sustitutos del goce perdido.

Demuestra asimismo que el juego con el Otro no vale la pena y que quedarse sin sexo no es sino el producto de una operación que es leal a esa verdad.

En esta operación el llamado "toxicómano" es leal a su goce, a su partenaire, pero su partenaire no es el Otro, ni el semejante, sino lo que ha colocado en ese lugar.

Es decir en el lugar de la pérdida estructural de goce. En lugar de "no hay relación sexual".

Y a ese lugar no viene el falo sino el tóxico, el goce tóxico, que es justamente la ruptura con el falo.

Ubicada así frente a la encrucijada sexual, la Operación Toxicómana ofrece una solución que en su extremo más logrado liquida la cuestión del sexo, junto con la liquidación eventualmente del sujeto mismo.

*Lo que el tóxico procura es:* una solución al problema sexual, una solución que mantiene una relación de exclusión entre el sujeto y la droga.

La experiencia de la droga o el sujeto del inconsciente  
Y esto que el tóxico procura y que supone la exclusión el sujeto se realiza en una experiencia, en la experiencia misma de la intoxicación. Lo que llamo la "operación toxicómana" se realiza en un hacer, en el nivel de una experiencia. Esa que los pacientes nos dicen que nosotros tenemos.

Es experiencia, esa experiencia vivida de la intoxicación es también una experiencia vacía, y es una experiencia que no podríamos poner en serie con la experiencia del análisis como experiencia subjetiva, más bien si se trata de experiencia se trata de una experiencia vacía de sujeto. O al menos vacía del sujeto del inconsciente.

Una experiencia por cierto, tan vivida como *vacía del Otro* aún del Otro (que podría hacer de partenaire).

Vacía también de sexo, ya que es muy definido que si se trata allí de un goce, se trata de un goce a-sexual. Una experiencia que está también vacía de significación.

Pero al mismo tiempo esa experiencia tiene una positividad, que es la positividad del goce.

Intento, entonces con esta referencia, situar lo que la operación toxicómana tiene de experiencia. Puntual o extendida, circunscripta o generalizada, ocasional o permanente, la operación toxicómana se realiza por una experiencia por un hacer puntual, donde cada vez se obtiene una ganancia de goce contra la castración.

+                                  goce                                  -                                  castración

Una experiencia donde se trata la castración no con una ficción sino con lo real, con la positividad del goce tóxico en su dimensión de experiencia. De cada vez, de cada ingesta, de cada inyección.

*Y es con la positividad del goce como la experiencia vacía de la droga, trata el vacío central del sujeto*, es decir eso incurable, que con la droga intenta de ser colmado, a costa del sujeto mismo.

En este sentido es que por otra parte debemos poner el énfasis una vez más, en que no se trata en la toxicomanía de una estructura clínica, sino de una operación sobre la estructura.

Se ubica ahí, justamente, la chance clínica que consiste en deslindar la experiencia, de la estructura que la experiencia oculta.

Es un hecho que en la clínica con lo que nos encontramos es con las formas en que se presenta esta dimensión de la experiencia de la intoxicación y sus consecuencias. Y es a mi juicio de mayor importancia proceder en la consulta de tal modo que, sin descuidar las complicaciones del tema de la intoxicación, y los problemas sociales y legales que la acompañan, se proceda a deslindar la dimensión estructural que la experiencia de la droga oculta.

Ahí si podemos empezar a producir un empalme, que permita ir de la experiencia de la droga, que inunda la escena de consulta a la cuestión del sujeto, a esa cuestión del sujeto que sabemos que es anterior a la droga y para la cual la droga es una respuesta.

Es decir que tenemos en cuenta que justamente en el plano del sujeto, de sus determinaciones simbólicas, de su relación problemática al goce, donde suponemos que se encuentran las raíces, las claves, la cifra de la problemática, aquella a la que la droga aporta su solución.

He situado en otra ocasión que justamente una de las condiciones para que sea posible una intervención, es decir para que exista la chance de que una intervención analítica pueda ocurrir es que la droga ya no aporte esa solución, y que la cuestión del deseo se infiltre en el vacío de la experiencia.

No hay que desatender la relación del sujeto con la intoxicación, hay que situar el hacer de la intoxicación en relación a las determinaciones del sujeto.

A esas determinaciones que no son evidentes, ya que la operación toxicómana está ahí para que no lo sea. Esas determinaciones que son las que emergen para sorpresa del sujeto, como una desagradable verdad, es decir en tanto síntoma, cuando la droga fracasa. O cuando interrogamos al sujeto más allá de la experiencia, más allá de pretender su abstinencia, más allá de lo que encandila en la presentación, lo que satura el monto de la demanda, que es la relación exclusiva a eso que se ha vuelto su partenaire.

Puedo mencionar el caso de un hombre que consulta luego de un tiempo de terminar un exitoso tratamiento para dejar de consumir las toneladas de cocaína que consumía. El éxito indudable de ese tratamiento lo había dejado sin embargo a las puertas de lo imposible de soportar.

Esta vez su demanda no era en relación con la droga sino en relación con algo que sólo ahora se le hacía evidente y que había sido rechazado durante casi veinte años, gracias a su relación con el tóxico y que el tratamiento anterior no había siquiera podido rozar a pesar de estar bien orientado.

Se le revelaba ahora, ya sin la droga - que había entrado en su vida en la muy temprana pubertad -, una condición de goce que se le tornaba moralmente repugnante e inaceptable y que iba acompañada en la actualidad de una insuperable impotencia sexual.

Tuvo que hacerse evidente, mediante la interpretación, cómo se aferraba al goce incluido en la tortura moral de la que se quejaba, para que empezara a emerger la red significante que sostenía el síntoma de impotencia que se formalizaba ahora en transferencia.

En este sentido se puede decir también y en relación a este ejemplo que he mencionado, que la droga vino al lugar en el que el fantasma se ha desestabilizado y *justo antes de que se produjera el síntoma* que constituiría el llamado al Otro... se produce la iniciación. (Se podría decir también para situar la particularidad de este caso que en el momento en que el sujeto parafraseando a Lacan - ha metido fugazmente las narices en el fantasma, prefiere antes que eso y durante más de veinte años meterse cocaína en la nariz: esa es la operación toxicómana).

El ejemplo muestra que el encuentro con la droga posterga la confrontación del sujeto con una pregunta sobre la cuestión sexual que se hallaba a un paso de formularse.

Eso es ni más ni menos lo que el tóxico procura en este caso.

*No se trata entonces para nosotros, en el nivel de la experiencia de evaluar lo efectivamente vivido en el flash, porque para nosotros allí el sujeto no está en su lugar como sujeto, lo que importa es situar lo que la experiencia del tóxico procura en relación a estas determinaciones que fijan su posición de sujeto. Se puede concluir también que en este caso, lo que el tóxico procura es evitar pasar por la prueba del deseo y substraerse del problema sexual.*

Se ve entonces el punto en que se aplica la operación toxicómana y se perfila también allí lo que es la función de la droga en la economía de un sujeto.

El sin-sentido de la "operación toxicómana", de la experiencia vivida y vacía de la droga, es ésta que no tiene ningún sentido más que el que se deriva del "no puedo dejar de hacerlo" y "no hay más que hablar".

La operación toxicómana evacúa toda la significación. Lo cual justifica por qué la presentación de los pacientes toxicómanos es una fuera de la palabra.

La satisfacción de la intoxicación requiere del silencio ya que el hablar es ya restituir algo de la significación. La significación como cualquier significación es la significación del falo.

La intoxicación requiere no hablar. Y sabemos que la única chance clínica que tenemos es "hacer hablar". Hacerla pasar al decir.

Hablar no es por cierto una garantía de nada, pero aleja de la muerte al menos por un tiempo, como lo sabía Sherezade quien hablaba para no morir.

La operación toxicómana es inversa. No habla para permanecer en esa satisfacción que evacúa la significación, que evita el matrimonio con el falo, que alivia de la indeterminación del deseo, que define contra la metonimia es infinita de la pérdida del objeto y contra esa otra muerte que el significante impone. Hay que reconocer que son muchas ventajas.

Lo que el tóxico procura es la evacuación de la significación, y por tanto, una manera de mantenerse por fuera del decir. Fuera del discurso, en la positividad de la repetición.

Lo que el tóxico procura es opuesto entonces a la operación analítica cuyo único imperativo, cuya única demanda legítima al sujeto es: que diga. Que de pasar al acto pase al decir.

Para terminar: una indicación clínica de J. A. Miller que hay que tomar en cuenta. Una indicación clínica que es muy preciosa y que hay que tomar con cuidado. "Hay que obtener que el sujeto dé sentido, y en especial sentido sexual a su experiencia".

Puedo comentar esta indicación sobre el fondo de lo que he dicho hoy del siguiente modo: obtener que el sujeto dé sentido sexual a su experiencia, quiere decir que la *bedeutung* del falo recubra la positividad sin palabras de la experiencia vacía de la droga.

Y hay que decir que esa indicación misma está en la dirección opuesta a la operación toxicómana, ya que negativiza, agujerea la experiencia. Nombra, saca del hacer hacia el decir.

Obtener que el sujeto dé sentido sexual a su experiencia no quiere decir: *darle* al sujeto un sentido sexual *para* su experiencia. Esa sería no una operación analítica sino religiosa.

Lo cual no le impediría por un tiempo ser exitosa. La significación religiosa no deja de estar dentro de la lógica fálica y al mismo tiempo reconocemos la eficacia de las religiosidades más variadas en este campo.

Obtener que el sujeto dé un sentido sexual a su experiencia es otra cosa. Es que la significación sea efecto de una operación significativa y de un encuentro. Es apostar a que en ese encuentro se abra otra suerte de determinación más allá del "no puedo dejar de hacerlo". Es pasar de la positividad muda de la intoxicación a confrontar al sujeto a la cuestión del deseo. Es hacer existir el inconsciente. Es decir que se traduzca en términos de saber lo que la experiencia realiza como goce. Es decir: se trata de obtener esa interpretación que es el trabajo mismo del inconsciente. Es estar ahí para confrontar otra vez al sujeto a la encrucijada sexual que su elección por la operación toxicómana evita.

La clínica no sólo muestra la evidencia de quiénes no renuncian a esta salida que es la operación toxicómana, también testimonia del efecto sorprendente y angustiante para algunos sujetos de la aparición de una pregunta, una pregunta anterior a que la droga entrara en su vida y que se

formula en un lugar mismo donde la intoxicación daba hasta entonces su respuesta muda e impecable.

Es por eso que podemos decir que si bien la intoxicación no se interpreta. Sí, podemos ubicar la incidencia de la interpretación en relación a lo que emerge de su falla, es decir, aquello que emerge como discurso más allá de la experiencia de la intoxicación.

No se trata de dar una interpretación a la "operación toxicómana", se trata por el contrario de obtener una interpretación. Se trata de obtener esa interpretación que es el síntoma, los sueños, las formaciones del inconsciente, la transferencia misma.

Se trata de obtener esa interpretación que es el trabajo del inconsciente. Eso que hay que hacer existir, es en suma el inconsciente y que sólo existe si hay un analista. Sólo la función de intérprete del analista produce la significación de un saber supuesto.

La operación del analista, en la clínica con toxicómanos o con cualquiera, es la de producir en el comienzo la significación de una falta de saber como causa del padecimiento. Una dirección que va entonces: de la droga a la falta de saber.

Como se ve, hay una oposición evidente entre la experiencia del tóxico y la experiencia del psicoanálisis, entre la "operación toxicómana" y la operación analítica. Una rechaza el inconsciente, la otra, como operación de castración espera producirlo.

---

\* AME (Analista Miembro de la Escuela) de la EOL (Escuela de la Orientación Lacaniana) y de la AMP (Asociación Mundial de Psicoanálisis). AE (Analista de la Escuela) en 2006. Presidente de la Escuela de la Orientación Lacaniana en 2011. Actual Secretario del Consejo de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Fundador de TYA, Red internacional de Toxicomanía y Alcoholismo. Autor de "En las huellas del síntoma" y "La fuga del sentido y la práctica analítica" (Gramma ediciones) y múltiples artículos en libros y publicaciones extranjeras. Practica el Psicoanálisis en Buenos Aires, Argentina.